

**Luis Valero Cabrera**  
**IES Santa María d'Eivissa (Ibiza)**  
**ISLAS BALEARES**



## **Número 10**

Soy Leo. Un simple oficinista madrileño. Trabajo en una empresa que fabrica relojes y yo me encargo de mantener en orden todos los papeles. Sé que muchas veces mis jefes me usan como si fuera su criado, pero sé que no puedo hacer nada contra ellos. Sé que su Número es demasiado alto para yo enfrentarme a ellos. Perdón, sé que ahora os estaréis preguntando qué es el Número de una persona. ¿Número de qué, Leo?

Puedo ver el nivel de peligrosidad de una persona, ya sean una amenaza directa para mí o para el público en general. Cuando miro a una persona, en su mejilla aparece un número del 0 al 10. A ese nivel le llamo Número.

Nací con esa capacidad. Muchas veces me parece un don tenerla, ya que me puede salvar en muchas ocasiones; pero también hace que tenga miedo en situaciones cotidianas. Al ir por la calle, la gente suele tener un Número del 0 al 3, aunque ocasionalmente alguien lo sobrepasa. Nunca he visto a nadie con más de un 8, al menos cara a cara.

Era una mañana de lunes, y no tenía un buen presentimiento sobre aquel día. Al llegar a la oficina mis jefes (Números 7) me llamaron a su despacho. Al entrar en la habitación me quedé estupefacto.

Los cofundadores de la empresa estaban sentados a un lado de una gran mesa rectangular, con su Número en la mejilla. Pero lo que me sorprendió fue el hombre que estaba sentado delante de ellos, dándome la espalda. Un gran Número 10 en rojo sobresalía de su traje, escrito en su nuca.

Era un 10.

Enseguida todos miraron en mi dirección.

- ¡Leo! ¡Buenos días! - dijo uno de mis jefes con un falso gesto afable - Te hemos llamado para que conozcas al nuevo miembro de nuestro equipo, Nate - acabó él, y todos me sonrieron levemente.

El Número 10, ahora sabiendo su nombre se levantó y se acercó a mí. Intenté mirarle a los ojos todo el tiempo posible pero no podía dejar de mirarle la mejilla derecha, teñida de rojo. Alargó su mano en mi dirección. Se la estreché e intenté actuar lo más normal posible, pero creo que Nate se dio cuenta de la excentricidad de mis movimientos y sonrió. Una sonrisa que me hizo retroceder casi mecánicamente.

- De ahora en adelante trabajaréis juntos - comentó mi otro jefe -. Al ver el agobio que tenías encima, contratamos a otra persona para ayudaros mutuamente. Ya veis que en esta empresa pensamos que se trabaja mejor por parejas. Me reí forzosamente del chiste del cofundador y me llevé a Nate a mi despacho. No me sorprendió ver que ya había dos sillas delante de la mesa.

- Puedes saltarte las presentaciones y explicaciones. Yo ya sé qué hago aquí.- inquirió él, repelentemente.

- Ah...b-bueno, vale -balbuceé un poco. Estaba nervioso. ¿Qué hacía alguien como él aquí?

- Ten - rebuscó en sus bolsillos y sacó un reloj de arena diminuto. Hizo un gesto para que lo cogiera. - Cógelo, Leo. Es un regalo. ya que fabricamos relojes, quería que tuviese coherencia. Ten cuidado con él y no le des la vuelta a menos que sea a vida o muerte - dijo Nate. Al ver mi cara de impresión se rió - ¡Es broma, Leo! Sólo cógelo.

Acabé cogiéndolo.

Los días pasaron. La semana acabó sin incidencias.

Me dirigí a mi piso de soltero. No muy grande ni bien cuidado. Es verdad que ganaba bastante dinero, pero tenía que mandar gran parte de mis ganancias a mi familia, ya que mi hermana estaba enferma. Aún no saben qué puede tener, pero está realmente mal, tanto física como psicológicamente.

Pensando en ella, estando en mi piso vacío recordé que tenía que mandarles algo más de dinero o no llegarían a fin de mes.

Mi ordenador de casa se estropeó, así que iría al banco para una transferencia. Andaba por las oscuras calles cuando me di cuenta de que alguien me seguía. Me fijé y era un Número 8. No podía quedarme parado. Tenía que hacer algo. Fue entonces cuando aquel hombre musculoso se me abalanzó. No tuve demasiado tiempo para pensar, e instintivamente me llevé la mano al bolsillo en el que tenía el reloj de arena y le di la vuelta. Hice eso. Eso en lugar de apartarme, contraatacar o correr. Era como uno de mis sueños infantiles en los que tenía poderes y volaba o paraba el tiempo, seguramente para hacer alguna gamberrada. Pero esta vez no, era necesario parar el tiempo.

Y entonces funcionó. El hombre se congeló en el aire. ¿Cómo...? Miré a mi alrededor. Todo inmóvil.

De la nada, se abrió un portal envuelto en llamas. De él salió....¿Nate?

- Ya era hora de que lo usaras, tío. He tenido que mandarte al vagabundo este para que me llamaras - dijo Nate, como quien mira a un colega. Yo estaba petrificado, ¿qué estaba pasando?!

Al ver mi cara Nate se miró la ropa.

- A ver, ¿qué me pasa? ¿tengo la bragueta abierta o...? ¡Ah, sí! te preguntarás qué hace tu compañero de trabajo saliendo de un portal cuando has usado un reloj de arena. Pues mira - dio un salto con un vuelta y apareció como un demonio. -¡Sí! ¡YO soy Satán! - dijo eso y empezó a reír incontrolablemente. - Perdona, a veces queda intimidante. Ahora te contaré algo y no te asustes, ¿vale?

- Leo, eres adoptado - volvió a reírse. Aún no me acostumbraba a un demonio riéndose de forma no siniestra -. Eso me ha quedado como un insulto de niño de instituto. Pero sí, eres adoptado. Y tus padres biológicos...- le miré con intriga. Entonces prosiguió - Somos yo y alguna mundana. No me acuerdo de quién fue, pero reconozco a mis hijos al verlos. Ven para acá, ¡hijo! Satán me dio dos palmadas fraternales en la espalda.

Perdón, Satán - comencé yo. Se me hacía raro llamarle Satán. - Todo esto es demasiado extraño y surrealista. Pero pareces un buen tipo, solo que Dios te deja por los suelos.

- ¡Claro que sí! Yo represento a la raza humana mejor que él. Todos tenemos nuestras tentaciones. Mira, hijo, tú puedes llamarme cuando quieras con el relojito de arena y nos vemos un rato. Charlamos un rato y te llevo a ver el Inframundo. ¿Trato? Hay que recuperar el tiempo perdido, Leo.

- Trato - afirmé, estrechándole la mano como la primera vez que lo vi. Un trato con Satán, no sabía que mi vida sería así.

Satán se fue por su portal y nos despedimos como normalmente lo hacen los padres y los hijos. Me alejé del vagabundo congelado en el aire, le volví a dar la vuelta al reloj de arena y fui a hacer la transferencia a mi familia con total normalidad.